

## El joven español como turista social

JUAN MARÍA GONZÁLEZ-ANLEO

Sociólogo. Profesor en CES Don Bosco (Madrid)

### Síntesis del artículo

El autor ofrece una serie de datos sociológicos que revelan la falta de interés de los jóvenes españoles por la participación socio-política. Por ello, los describe como "turistas sociales".

### Abstract

The author offers many sociological data that reveal the lack of interest of the young Spaniards by the socio-political participation. Therefore, described as «social tourists».

*La confianza se desvaneció. Y la confianza es lo que cohesion a una sociedad, al mercado y a las instituciones. Sin confianza, nada funciona. Sin confianza, el contrato social se disuelve y la sociedad desaparece, transformándose en individuos a la defensiva que luchan por sobrevivir.*

**Manuel Castells** (Redes de indignación y esperanza, 2012)

El fenómeno de "despolitización" social, en el más amplio sentido de la palabra, tiene ya una larga historia. Desde los años cincuenta, varias ramas de las Ciencias Sociales dan cuenta del continuo desarrollo de la toma de distancia del ciudadano común de las dinámicas y los actores políticos, una toma de distancia que, con el tiempo, ha terminado por convertirse en "indiferencia enemiga" (Sloterdijk, 1993, 75). El verdadero problema, no obstante, surge cuando esta "indiferencia enemiga" termina por congelar toda forma de acción política, incluida la confrontación ciudadana a los poderes políticos y económicos, como hemos podido comprobar en los últimos años de cri-

sis en España, especialmente en el caso de la juventud, que parece haber optado por asistir impasible a su propia tragedia económica y laboral sin haber alzado apenas la voz durante estos años de crisis.

Pese al dramatismo de la situación de los jóvenes en los últimos años (viéndose condenados al paro, a trabajos temporales que no les brindan la más mínima seguridad y no ya al *mileurismo*, un *lujo* de antaño, sino al *miseurismo*), y en comparación con jóvenes de otros países como los griegos, los ingleses, los franceses o los portugueses, especialmente, la presencia del joven español en las calles reclamando sus derechos, con muy contadas y tardías excepcio-

nes ha brillado por su ausencia. ¿Es muy diferente este perfil del joven español al del resto de jóvenes europeos? Muy diferente no, ya que no es un caso aislado, único en el entorno de los países occidentales en general y, en particular, de los europeos, en los que la desafección sociopolítica juvenil es más bien la regla que la excepción; pero sí diferente, en cuanto que en él los rasgos característicos del proceso de desvinculación política y, sobre todo, social, como veremos, aparecen mucho más marcados que en la juventud del resto de países. La pregunta clave, por lo tanto, ha de ser: ¿puede esperarse que acaben afectando a la juventud española los mismos fenómenos de re-enganche político que, según bastantes fuentes, se están empezando ya a producir en otros países occidentales? Y de ser así, ¿puede esperarse que lo hagan con la misma intensidad?

## 1 El perfil político del joven español

En fuerte contraste con el hipotético estado de desplazamiento o de *reenganche* sociopolítico informal juvenil descrito por algunos autores (se ha llegado a hablar de *hiperpolitización* juvenil en los últimos años), los datos arrojados por diferentes estudios, ponen de manifiesto que la gran mayoría de los jóvenes no solamente ha abandonado el terreno político, tanto el formal como el informal, sino que, y esto es mucho más grave, está abandonando la grandísima mayoría de acción social que pudiera servir de tierra abonada para la futura emergencia de una acción política. Una de las consecuencias de esta descomposición social, como ha subrayado Touraine en su último libro, *El fin de las sociedades* (2005, p. 25), es precisamente la dificultad que tienen los actores individuales y colectivos para concienciarse, organizarse y movilizarse en defensa de sus derechos universalmente reconocidos. Veamos los datos con mayor detenimiento:

**1.1. Desinterés por la política y percepción de lejanía de los asuntos políticos:** diversos estudios, tanto nacionales como internacionales,

señalan el profundo desinterés de la juventud española por las cuestiones políticas en comparación con los jóvenes europeos. Así, por ejemplo, de acuerdo con el último informe *Juventud en España* del INJUVE, entre el año 2004 y el 2008, el porcentaje de jóvenes españoles que afirmaba no tener “nada” de interés por la política aumenta de un 38% a un 50%. Si a este último porcentaje le añadimos el correspondiente a “poco interés”, el porcentaje total ascendía, justo al comienzo de la crisis, hasta el 80% (Funes, 2008), siendo, según los datos del CIS, el grupo de edad menos interesado por este tipo de cuestiones (CIS, sondeo marzo 2013). En comparación con el resto de jóvenes de la Unión Europea, los españoles son los que menor interés demostraban por las cuestiones políticas relativas a su propio país, junto con los luxemburgueses, belgas y rumanos (European Commission, 2007b), lo que, según la *Encuesta Social Europea*, seguía las pautas generales del resto de la población española (Torcal, 2012, p. 39). Según los datos del *Informe Juventud en España 2012* (realizado justo tras el boom del 15-M), esta tendencia parecía estar empezando a cambiar, ascendiendo al 41% los jóvenes que decían tener interés por la política (INJUVE, 2013, p. 209).

En el estudio de la Fundación SM de 2010 (p. 92 y ss.), una importante mayoría de los jóvenes (el 56,5%), decían estar de acuerdo con que la política no tenía nada que ver con ellos, que no afectaba a su vida privada. Por el contrario, para los jóvenes, la política es, ante todo, asunto de los políticos, probablemente de toda la corte política y económica pero, en definitiva, ni suya ni de los suyos, ni mucho menos lo más importante de su existencia. El joven es, en este sentido que apuntamos y según la definición dada por Bertolt Brecht, un *analfabeto político*, que no sabe, no quiere saber o no le importa “que el costo de la vida, el precio de las alubias, del pan, de la harina, del vestido, del zapato y de los remedios, dependen de decisiones políticas”.

Varios datos más, arrojados por el *Informe Jóvenes Españoles*, lo confirman, pero uno especialmente: una mínima proporción de ellos, el 6,5%, participan en algún foro o chat sobre política o actualidad social. Obsérvese en este sentido, que los jóvenes reconocen no participar en foros o chats *ni* sobre política *ni* sobre *actualidad social*. Los jóvenes hacen un uso intensivo de estas nuevas tecnologías, de esto no cabe duda, pero ¿para hablar de qué? De todo... y de nada. Pero lo que está claro es que no utilizan las nuevas herramientas de comunicación para tratar sobre lo que pocos de ellos reconocen que no les interesa demasiado y de lo que casi nunca conversaron ni en casa ni en ningún otro sitio cuando eran niños o adolescentes, y que fundamentalmente les produce, después de “desconfianza”, “aburrimiento” e “indiferencia” (INJUVE, 2013, p. 211 y 2013): de la política y, lo que es mucho más alarmante, de los problemas sociales.

**1.2. Pérdida de relevancia de las coordenadas ideológicas tradicionales:** al ser preguntados por su posicionamiento político (FSM, 2010, p. 90), los jóvenes se ubican, con una media de 4,77%, en el centro-izquierda del espectro político. Estarían, subraya el Informe sobre la cuarta *Encuesta Europea de valores, reformas*, muy alejados ya de la imagen de la que aún muchas veces se alimenta el imaginario colectivo de una juventud rebelde que aspira a cambios radicales y muy cerca de la media del resto de los grupos de edades (Silvestre, 2000, p. 205). Ahora bien, la evolución en las dos últimas décadas, desde 1989, no se caracteriza tanto por un cambio sustancial en el perfil político de los jóvenes, como por las cuantiosas pérdidas en las posiciones centrales, las de izquierda moderada, centro-izquierda y centro-derecha.

¿A dónde han ido todos esos jóvenes? A ningún sitio. Simplemente no están, es decir, no se posicionan, bien porque no ven reflejada su tendencia política en la escala, bien porque rechazan la dicotomía izquierda-

derecha. O por ambos motivos. A la luz de estos datos, no se hace nada extraño que las nuevas formaciones políticas, desde UPyD a Podemos, Equo o Ciudadanos hagan todo lo posible (muchas veces no sin cierto tinte de comicidad) por situarse fuera de los tradicionales ejes políticos derecha-izquierda, bien por omisión, bien por *inversión* de éstos ejes, como asegura hacer Podemos, refiriéndose con *inversión* al eje pueblo-casta.

**1.3. Falta de fe en el sistema político y en los políticos:** la desafección política de los jóvenes y su consiguiente falta de interés por formas de participación, tanto formales como informales, son, en parte, respuesta a la desafección de la clase política a la ciudadanía y, en parte, consecuencia de la falta de fe en un sistema democrático que no solamente los jóvenes consideran que, de democrático, tiene poco más que el nombre.

La gran mayoría de los jóvenes, además, compartían ¡ya en el 2010! una visión deplorable de la clase política: el 71% considera que “los políticos buscan antes sus propios intereses o los de su propio partido que el bien de los ciudadanos”, el 67% que “anteponen los intereses de las multinacionales, bancos y grandes grupos de presión a los intereses de los ciudadanos” y, acorde con esta imagen, solamente uno de cada cuatro jóvenes considera que los políticos tienen en cuenta sus ideas e inquietudes (FSM, 2010). Dada la estrecha identificación de la clase política con la política en sí, no puede extrañar que su forma de ver aquella como una camarilla de intereses propios, distante, desinteresada por las necesidades y demandas de los ciudadanos y especialmente por las suyas propias, se convierta en una visión más amplia de la política como un club restringido a los propios políticos y a la élite económica y posiblemente también, por extensión, de la democracia como una forma legitimada y cerrada de cleptocracia: o lo que es lo mismo, y aunque a muchos les disguste la expresión, una *casta*.

**1.4. Falta de participación política formal e informal:** “La participación política es, ella misma”, nos dice tajantemente Victoria Camps (1999, p. 97), “un deber... una obligación para todo aquel que acepta que la democracia es una forma de gobierno bajo la que es bueno vivir. La democracia no se entiende sin la colaboración de los ciudadanos, sea esta del tipo que sea. La gran mayoría de los jóvenes, sin embargo, ni utilizan los canales tradicionales de participación política ni, menos aún, los informales. Veámoslo con mayor detalle: menos de un tercio de los jóvenes de entre 18 y 20 años (el 31%) votaba en 2010, y algo menos de la mitad de los de entre 21 y 24 años. En este caso, la evolución más interesante que se puede observar desde el último *Informe* de 2005 es el retroceso, en diez puntos porcentuales (de un 44% a un 34%), de quienes prevén hacerlo en el futuro.

Menor relevancia aún que el voto tienen, para los jóvenes, tanto las formas de acción política informal más tradicionales (participar en acciones reivindicativas y de protesta o firmar peticiones de recogida de firmas), como las más novedosas, relacionadas con el mundo de las nuevas tecnologías (pasar un sms o e-mail de acción política o ponerse en contacto con un político a través de un e-mail o carta): ni una sola de estas acciones era realizada siquiera por uno de cada siete jóvenes, según los datos del *Jóvenes Españoles 2010*. Ni siquiera la que ellos mismos consideran la acción política más eficaz para “asegurar que mi voz sea escuchada por los políticos”: participar en una manifestación. Los jóvenes españoles, de hecho, son los únicos, entre todos los europeos, que colocaban, justo antes el comienzo de la crisis, la participación en manifestaciones a la cabeza de la lista de acciones políticas eficaces (European Commission, 2007b).

Y sin embargo, en 2010, dos años después de que hubiese empezado la crisis, solamente el 12,2%, algo menos de un punto porcentual más que en el 2005, reconoce participar en “acciones reivindicativas o de protesta”. Ahora bien, este es un punto muy importante

y para el que una pequeña variación de meses es fundamental para el análisis. En este caso, los datos de *Informe de la Fundación SM*, al recogerse antes del 15-M, son solo un punto de partida para comprender en su contexto temporal el fenómeno del 15-M. Datos más recientes, los del *Informe Juventud en España* del INJUVE (2013), dan una imagen mucho más clara del proceso en y después de este momento histórico: en 2011, el porcentaje de jóvenes que participó en manifestaciones, ascendió drásticamente hasta más del 45%, descendiendo más dramáticamente todavía al siguiente año, el 2012, hasta los mismos niveles antes comentados y anteriores a la crisis, lo que demuestra claramente que el 15-M fue un boom sin continuidad en el caso de las manifestaciones de carácter político (INJUVE, 2013, p. 216).

Sorprendentemente, lo mismo podía constatarse en el caso de las nuevas formas de participación no formal relacionadas con las nuevas tecnologías: si bien una amplia mayoría de los jóvenes cree en su efectividad en el terreno político (Funes, 2008), son muy pocos los que las utilizan: en 2012, no llegaban al 10% los que ni mandaban mensajes políticos por e-mail o por mensaje de teléfono, ni participaban en foros de discusión política en Internet (INJUVE, 2013, p. 216).

## 2 La pérdida de confianza social

Desde los comienzos de la disciplina sociológica, las instituciones han sido sus grandes protagonistas, ocupando un lugar destacado en la obra de los grandes pensadores sociales. Como estructura social y mecanismo con el que la sociedad organiza, dirige y desarrolla las actividades que se requieren para satisfacer las necesidades humanas, muchos teóricos de las relaciones sociales han tendido a identificar éstas con el hecho social, quintaesencia de ese ente abstracto que llamamos sociedad. Gracias a ellas, las sociedades pueden conservar los elementos básicos de sus reservas de sentido, transmitiéndoselo al individuo y a las comunidades en las que éste crece, trabaja y

muere y proporcionándole modelos probados a los que pueden recurrir para orientar su conducta, aprendiendo así a cumplir con las expectativas asociadas a los roles que desempeñará a lo largo de su vida. En este sentido, la tan explotada fórmula propuesta por el pensador francés Lipovetsky de *desierto de inversión en las instituciones* parece tomar un nuevo significado para la juventud actual.

A la vista de estos datos, puede concluirse que el desplome de los niveles de confianza obtenidos por las diferentes instituciones en los últimos años no tiene parangón desde el comienzo de la democracia en España y que, dentro de una época marcada por la desilusión y el pasotismo frente a las instituciones, vivimos un momento en el que la huida de los jóvenes de éstas se ha acelerado considerablemente, especialmente desde el comienzo de la crisis (González-Anleo, 2010). Si tomamos en cuenta tanto los datos positivos de confianza (“mucha” o “bastante”) y los negativos (“poca” o “ninguna”), todas las instituciones, ¡todas!, han perdido desde 1999 la ya poca confianza depositada en ellas por los jóvenes, pudiendo destacar tres grandes *descalabros*: los protagonizados por instituciones de naturaleza tan diferente como las Grandes Empresas/Multinacionales, la OTAN y la Iglesia, que se mantiene ya desde hace más de 15 años en el último puesto de la lista de 17 instituciones ofrecida por la Fundación SM.

Un chiste gráfico de Manel Fontdevila que ha tenido mucha difusión en las redes sociales, reflejaba con gran precisión la idea de muchos españoles en estos últimos años de crisis, especialmente de los más jóvenes, sobre unas instituciones que ya no creen que les representen: en la viñeta, el autor muestra un abismo abierto entre dos masas de tierra que se separaban con un fuerte “Kraaaak”. A un lado de este abismo aparece un hombre solo, sobre el que el humorista coloca un cartel: “usted”. Al lado contrario se observan una serie de monumentales edificios y, apuntándoles con flechas,

una serie de etiquetas en las que puede leerse: “El gobierno”, “La Oposición”, “La Justicia”, “Los Medios”, “El Capital”, “La Monarquía”, “La Iglesia”, “etc.”. El título con el que el dibujante corona la viñeta es demoledor: “Después de tanto anunciarlo... ¡España se rompe!”.

Los últimos años de crisis han supuesto la puntilla que faltaba para culminar el proceso de desafección y distanciamiento de los jóvenes con respecto a las instituciones sociales. Algunos estudios apuntan en esta dirección, como el presentado en mayo del 2014 por Eurofound, *Social Situation of Young People in Europe*, en el que se concluye que la confianza de los jóvenes en las instituciones españolas ha pasado de estar entre las siete más altas de la UE justo antes de la crisis, a situarse a la cola, lo que puede suponer, cuando se tengan datos para contrastar a largo plazo, un segundo gran hundimiento, junto con el producido entre 1999 y 2005. La actual generación de jóvenes ha crecido en una España institucionalmente invertebrada. Las instituciones y sus principales representantes han perdido aquí una oportunidad histórica de liderar una regeneración moral de la sociedad dentro de los últimos años de crisis, una oportunidad como pocas veces se ha presentado de convertirse en ejemplos de rectitud, de responsabilidad y de compromiso social, de convertirse en líderes de una regeneración social que los españoles en general, y los jóvenes en particular, piden a gritos, perdiendo así, en los últimos años, la poca confianza que los jóvenes depositaban en ellas.

Los jóvenes, claramente, ven a las instituciones como algo inútil, e incluso con gran parte de culpa en la gestación de la propia crisis (López Alba, 30 de diciembre, 2013) y, además, prescriptivas, característica que en ningún caso puede dejarse marginada a la hora de plantear un cuadro completo de las razones del distanciamiento de los jóvenes. Las Instituciones, subraya Miguel Vallés (2000, p. 293), “al escribirse con mayúscula y tener autoridad, y sobre todo imponer obligaciones, remiendan la ima-

gen de los padres". Una imagen que los padres mismos han sabido difuminar en pro de una convivencia más pacífica y sosegada con sus hijos, pero que las Instituciones no han sido capaces siquiera de maquillar en unos años en los que los ciudadanos han sentido que les han dado la espalda, que poco o nada han hecho para ayudarles, identificándolas incluso como actores protagonistas del desastre.

Si las actitudes de los jóvenes ante las instituciones están estrechamente vinculadas con su sistema de valores, los grupos y movimientos sociales que mayor aprobación recibirían de los jóvenes tendrían que asemejarse a aquellas instituciones en las que los jóvenes depositan mayor confianza, al presentar muchas de ellas el mismo perfil que las *instituciones civiles libres*, similares a las organizaciones de voluntariado: más próximas, menos burocratizadas y creadas con el objetivo específico de ser útiles, ya sea al conjunto de la sociedad, a un colectivo específico o a un ideario sociopolítico.

Esta correspondencia se hace evidente en los datos del *Informe Jóvenes Españoles 2010* (FSM 2010), en el que puede constatar cómo la gran mayoría de grupos y movimientos obtienen un grado de aprobación cercano al de la confianza obtenida por las organizaciones de voluntariado, algo superior al 60%. A la vista de estos datos, se hace evidente que nos encontramos ante un panorama muy diferente al que veíamos en el caso de las instituciones: abandonamos el desierto institucional, para adentrarnos, a medida que nos acercamos a tipos organizativos más flexibles, con principios y metas más cercanas al sentir juvenil, quizás no en un vergel, tampoco hay que exagerar, pero sí por lo menos en tierra verde, fértil. No obstante, se plantea, a la vista de la evolución de los datos en los últimos 15 años, una pregunta fundamental: ¿por cuánto tiempo seguirán siendo terreno fértil?

Los datos de la Fundación SM no brindaban muy buenas noticias a este respecto. Parecen indicar, por el contrario, que también bastan-

tes de los grupos y movimientos sociales tienen sus horas contadas, por lo menos en lo que se refiere a la aprobación que les dan los jóvenes. Porque aprobación no es confianza, como veíamos en el caso de las Instituciones, y mucho menos implicación y compromiso. Es, sin duda, algo más que tolerancia, pero no mucho más, no por lo menos lo suficiente como para poder hablar de un vínculo social fuerte. Los datos apuntan a que incluso este vínculo tan débil se está pulverizando. Atención: lo que desaparece no es un vínculo concreto con uno u otro grupo o movimiento, conclusión a la que podría haberse llegado hace quince años, al contrastar los datos de 1999 y 1994, sino la aprobación como tal de este tipo de organizaciones, en conjunto (González-Anleo, 2010, pp. 66 y ss.): entre 1994 y 1999 no se apreciaban cambios de tendencia generales, haciéndose necesaria una lectura individual de los datos. Esta imagen cambia, sin embargo, entre 1999 y 2005, pudiéndose ya observar claramente el comienzo de un descenso generalizado. Entre estos años todos los grupos y movimientos pierden aprobación entre los jóvenes. Esta tendencia se confirma de 2005 a 2010. Esta tendencia se vuelve más dramática, si cabe, al dirigir la mirada solamente a los datos correspondientes a la máxima aprobación ("aprueban totalmente"), que se mantuvieron bastante estables entre 1999 y 2005. Entre el último informe de 2005 y el último de 2010, por el contrario, también éstos se ven afectados, y mucho, descendiendo para todos los grupos y movimientos sin una sola excepción.

Esta evolución de los datos suscita como mínimo una reflexión: hay diferencias significativas entre la necesidad que tienen las instituciones de la confianza de los jóvenes y la de los grupos y movimientos sociales. A largo plazo, la falta de confianza de los jóvenes podría conseguir debilitar lo suficiente una institución como para que ésta termine encontrándose en un verdadero atolladero. Pero solo hay que tenerlo en cuenta a muy largo plazo. Éste no es el caso de los grupos y movimien-

tos sociales, ONG muchos de ellos, que necesitan con urgencia tanto colaboración económica como la implicación efectiva de voluntarios. Si la aprobación baja, antes o después baja también la confianza. Y si ambas lo hacen, la participación de los jóvenes en este tipo de organizaciones, inevitablemente, terminará disminuyendo. No solamente la *implicación*, sino simplemente también la participación en tantos y tantos eventos y acciones que se organizan precisamente con el objetivo de captar jóvenes e involucrarlos más activamente.

### 3 La degradación del tejido social juvenil

Dejamos atrás, de esta forma, el terreno de las actitudes y de las valoraciones para adentrarnos de lleno en el núcleo duro de los compromisos y la implicación *efectiva*, el núcleo de la participación. Las actitudes empujan a la acción y ésta, por su parte, refuerza y forja las identidades. Ahí es, precisamente, donde reside una de las diferencias más notables entre las actitudes expuestas en las páginas anteriores y la implicación, en la fuerza con la que esta última forja y es capaz de mantener las identidades colectivas de los sujetos. ¿Cómo? Tanto a través de la absorción comunitaria de ideas y objetivos compartidos como a través de la fidelidad a éstas, al mismo grupo y a uno mismo.

En la sociedad líquida, sin embargo, la fidelidad y la identidad colectiva, así como los derechos y obligaciones que éstas conllevan, obstaculizan los movimientos y constriñen la iniciativa, según Bauman. La *levedad del ser*, primer mandamiento de una sociedad consumista inimaginable sin una moda cada vez más efímera, difícilmente es capaz de soportar la *gravedad* de la fidelidad tanto a una colectividad que fuerza, impone y exige sus normas como a un ideal o, incluso, a uno mismo. En palabras de Francisco Umbral: "llevamos nuestras convicciones, preferencias y marcas al aire, pero en cuanto uno se quita la cami-

seta, para la lavandería, todo el mensaje subversivo, progre, ácrata, automovilístico o dietético se va con la ropa sucia. Cambiamos de camiseta solidaria y cambiamos de ideario" (citado en Morant Marco, 2011, p. 76).

Si aceptamos que los jóvenes son la punta de lanza de esta transformación descrita por Bauman, y no perdemos de vista el análisis que hemos realizado hasta el momento de sus actitudes hacia las instituciones y los diferentes movimientos sociales, es difícil que nos sorprendan los siguientes datos sobre participación: el *gran hundimiento* se produce entre 1999 y 2005. Entre estos dos años, casi un 11% de jóvenes se *da de baja*, dejando el panorama de la participación social *extramuros* prácticamente desierto, con un 81% de jóvenes que no participa absolutamente en ningún tipo de grupo o asociación, ni siquiera deportivos (González-Anleo, 2010, pp. 71 y ss.).

¿Puede apreciarse el mismo abandono social entre los jóvenes europeos? Sólo hasta cierto punto, pero ni de lejos como en España. La media europea de participación juvenil en algún tipo de organización es del 26% y la de compromiso con alguna actividad de voluntariado, del 17%. Atendiendo solamente a las medias, se hace difícil afirmar que la juventud europea sea especialmente activa. Sin embargo, depende mucho de los países: Dinamarca, Alemania, Austria, Holanda o Finlandia, por ejemplo, superan ampliamente los porcentajes medios europeos, rebasando el 35% de participación en organizaciones y el 20% de implicación en actividades de voluntariado. Hay que irse al extremo opuesto, al de los últimos puestos de la lista, para encontrar a España, con 12% y 9% respectivamente (European Commission, 2005, 2007a).

Estos datos, colocados en paralelo a los referentes a los de participación de la ciudadanía de todas las edades en los diferentes países, muestran una de las causas más importantes del desinterés juvenil en España por la participación: la falta de cultura asociativa. Los países en los que

puede observarse una mayor actividad en este aspecto entre los jóvenes, son los que tienen al mismo tiempo los mayores niveles de participación para el conjunto de la población. El caso de España no es una excepción: el porcentaje de españoles que pertenecen activamente a algún tipo de organización o que ofrecen su colaboración como voluntarios, el 15% exactamente, menos de uno de cada seis, es el más bajo de toda Europa, por debajo de todos los países con la única excepción de Portugal. La participación social no es una cuestión *a-cultural*, un impulso primario que surge, sin más, de lo profundo de la persona. Asociarse y crear una identidad colectiva son, ante todo, habilidades sociales que el joven aprende de sus padres y educadores, de las figuras públicas, de sus ídolos, de las series de televisión o del cine.

A día de hoy, aunque la *incoherencia* entre los datos que reflejan la aprobación juvenil de las ONG, en el primer puesto en la confianza en las instituciones y, al mismo tiempo, su prácticamente insignificante participación en ellas o en grupos sociales permitan llegar a la conclusión de que los valores finales como la paz o la igualdad están de moda pero no los valores instrumentales del compromiso o el sacrificio.

Ante la imagen presentada por los anteriores datos, resulta difícil no plantearse bien unos jóvenes ajenos al mundo (la perspectiva del *pasota*, que sin duda más ha calado tanto en el ámbito académico como a pie de calle), bien un mundo ajeno a los jóvenes. Probablemente ambos al mismo tiempo. Y es que, frente a aquellos que no conciben otra forma de explicar este fenómeno que desde el pasotismo *consustancial* de las nuevas generaciones, es conveniente tener en cuenta, como señalaba hace ya años Martín Serrano (1991, p. 11), que “el sistema funciona con tal prepotencia, hasta en sus fallos, que tal vez no alcanzan a ver qué pueden ellos hacer para participar en el sistema, excepto subirse a la cinta transportadora. Y aún más difícil debe de

resultarles pensar en modificar el rumbo establecido, sobre todo porque tal vez no estén tan seguros de que valga la pena cambiarlo”.

¿A qué se debe, además de a la falta de cultura asociativa que acabamos de ver en el caso español y de las razones dadas por los propios jóvenes, la crisis juvenil de participación social? Zygmunt Bauman nos ha brindado el telón de fondo y el decorado cultural de este drama social, pero falta mucho por explicar. Unas breves ideas (González-Anleo, 2006, 2010):

- El fenómeno de la crisis participativa apunta, en primer lugar, a una clara crisis institucional. En los años ochenta se produjo, según Tomás Alberich Nistal (2007, pp.78 y ss.), una fuerte competencia entre las Administraciones Públicas y los Movimientos Sociales. Los años inmediatamente posteriores a la transición estuvieron marcados por un gran optimismo democrático e institucional, lo que dio mano libre a las instituciones para absorber recursos humanos y funciones de los movimientos sociales. Parte de los cuadros de las entidades sociales se van de las asociaciones para trabajar en la Administración Pública y en la política. Este abandono, subraya Alberich Nistal, no es solamente físico, sino también ideológico ya que, al irse mayoritariamente, “llevaron a las instituciones no los valores desarrollados por los movimientos sociales en este país en los años setenta (democracia directa y participativa, contacto con ‘la base’...) sino, por el contrario, los nuevos intereses inmediatos de los partidos políticos y los personales”.

El desencanto institucional llegado años más tarde con una fuerza difícilmente comparable a la del resto de países europeos trae consigo también el desencanto participativo. La figura de las ONG y del voluntariado conseguirá devolver algo de la confianza perdida, pero se degrada pronto, por lo menos en lo que a participación activa se refiere. Algunos escándalos de las ONG, su creciente profesionalización y, no hay que pasarlo por alto, la sensación de muchos voluntarios de estar sien-



- do utilizados como mano de obra barata para realizar trabajos que deberían ser pagados por la Administración o por las propias ONG, serían algunas de las causas de esta nueva crisis. Las instituciones, por su parte, comienzan a desdibujarse definitivamente del campo de visión juvenil: pierden su capacidad de generar ideas nuevas y proyectos colectivos que realmente consigan entusiasmarles, pierden su confianza, la voz y, por último, un gran número de ellas, incluso el interés, teniendo que aprender ahora, especialmente después del 15-M, “un nuevo lenguaje de participación que se ha inaugurado y funciona fuera de ellas” (Sánchez, 2013, p. 17).
- También juega un papel importante para explicar el creciente desencanto participativo juvenil la crisis educativa (Benedicto y Morán, 2002, pp. 97 y ss.): por un lado, la impotencia del sistema educativo como transmisor de valores que fomenten la relevancia de un nosotros común y la implicación social, un problema sobre el que se ha llamado repetidamente la atención desde organismos nacionales e internacionales como la Unión Europea o la UNESCO; y, por otro lado, la crisis de la educación en la familia, uno de los agentes claves para la socialización en la vida en común pero al que tantas veces tan poca importancia se le concede en este terreno.
  - La crisis de los partidos de la izquierda radical y, unida a ésta, la falta de nuevos horizontes globales y una fuerte fragmentación de intereses. Se produce, afirmaba ya hace años Martín Serrano (1994), una muerte lenta de los grandes proyectos políticos, que van cediendo protagonismo a actividades más puntuales. Esta fragmentación de intereses produce, a su vez, la atomización asociativa y su debilitamiento. A esta crisis hay que sumarle la creencia de que la democracia lo resolvería todo, que provocaría el llamado “desencanto de los ochenta”, unido a la falta de reconocimiento social del trabajo voluntario no remunerado.
  - No podemos dar por zanjada esta cuestión sin hacer mención, por último, al especial papel desempeñado por los medios de comunicación y, en especial, por los *nuevos* medios de comunicación en lo que podría llamarse un *desplazamiento virtual* de la participación social juvenil. Antes de su aparición, ya se había debatido ampliamente sobre el impacto educativo de los modelos presentados en los *viejos* medios y su impacto en los valores en los que descansa el proceso participativo. Este debate se ve reforzado por la aparición de las nuevas tecnologías de comunicación y, especialmente, por la veloz exploración de sus posibilidades intercomunicativas, como los foros de discusión, los blogs o las comunidades virtuales: ¿Compensan este tipo de redes sociales la falta de la participación juvenil en asociaciones e instituciones organizadas y estructuradas? Como veíamos, solamente una ínfima parte de los jóvenes españoles decía, en el último informe de SM, haberse interesado en las redes sociales por cuestiones sociales o políticas. De esta manera, hace evidente que, pese a las esperanzas depositadas por muchos (los políticos los primeros) en el papel de estas nuevas tecnologías en la reactivación de la implicación política juvenil, tal papel es muy modesto, mucho más de lo que se quiere aceptar, y que, como subrayaba Gil Calvo (2007, p. 154), ya al comienzo de la crisis “lo que se gana por el lado virtual y global de la balanza no parece que pueda compensar a lo que se pierde por el lado real y local”.
- Pero es que, además, las nuevas tecnologías aturden los sentidos y propician lo que se ha dado por llamar la *infobesidad*, la sobrecarga de información, que en el caso de los más jóvenes se alía peligrosamente con la falta de marcos interpretativos sólidos. La *infobesidad* sobrecarga y termina embobando los sentidos y la capacidad de raciocinio, de discernimiento y, por supuesto, de reacción, tanto de los individuos de forma aislada como de todo el cuerpo social, con-

virtiéndose finalmente, como recordaba el periodista José María Izquierdo, en algo “muy dañino para la salud social” (Bono, 12 de junio, 2013). De acuerdo con Umberto Eco, Internet (y con él, el resto de las modernas tecnologías de la información/comunicación) es un tesoro para los sabios, pero un desastre para quienes no tienen ni los conocimientos ni los marcos teóricos previos que les orienten en la búsqueda de la información así como en su interpretación, ya que “no filtra el conocimiento y atasca la memoria” (Giron, 3 de noviembre, 2013). Se picotean miles de gigas en diminutos paquetes de información que, de ser verídica y estar bien fundamentada, algo que difícilmente podrá apreciar el joven (no porque sea tonto, sino simplemente porque es joven y su bagaje cultural tiene, por necesidad, infinidad de lagunas), queda suspendida en el vacío interpretativo, lo que alguna vez se ha llamado el *síndrome CNN*. “En una sociedad adicta a la información”, escribe Zygmunt Bauman, “la habilidad clave es protegerse del 99,99% de la información, que es irrelevante” (CCCB, 19 de marzo, 2013).

#### 4 Y pese a todo... ¿rebeldes?

Uno de los datos más llamativos arrojados por el Informe *Jóvenes Españoles 2010* es el de que, a pesar de la apatía política y social dibujada en las páginas anteriores, la rebeldía sigue apareciendo como una de las primeras señas de identidad de los jóvenes cuando se les pide que se autodefinan. La segunda seña de identidad, para ser más exactos, inmediatamente después de “consumistas” (47%), y por delante de otras trece opciones que se les ofrecían en el cuestionario, entre las que cabe destacar: “demasiado preocupados por la imagen (look, estética)” (38,7), el tercer rasgo más destacado; “egoístas” (30%); “independientes” (30%), “leales en la amistad” (28%); “tolerantes” (21%); “solidarios” (20%) o “idealistas” (17%).

Ante estos datos, y a la vista de lo que acabamos de ver sobre la implicación del joven actual en los problemas sociopolíticos, no es extraño que surjan ciertas preguntas: ¿Porqué o en qué sentido se siente rebelde la juventud actual? ¿Es posible serlo asintiendo y disfrutando plenamente (o deseando hacerlo) del sistema vigente, el consumista, y sin mostrar el menor atisbo de reacción contestataria frente al sistema?

Una definición clásica del concepto de rebeldía, la ofrecida por Robert Merton desde una perspectiva sociológica (1949, cap. IV), relaciona ésta con el sistema social vigente. Para este autor, la rebeldía supone una forma de reaccionar tanto frente a los valores culturales en una determinada sociedad como contra las normas y los medios que ésta ofrece a sus integrantes para la consecución de dichas metas. Al reconocerse consumistas, y no, o por lo menos no mayoritariamente, de forma crítica, los jóvenes actuales reconocen estar dando su visto bueno al modelo cultural consumista y la gran mayoría, probablemente, también a sus medios legitimados, situándose así, por lo menos según la propia topología mertoniana, en las antípodas de la rebeldía, es decir, en el *conformismo*.

No podemos, claro está, conocer el significado preciso que le otorga cada joven al concepto de rebeldía al contestar a la pregunta del cuestionario de *Jóvenes Españoles 2010*. Pero sí podemos, no obstante, indagar en el significado que ha adquirido en el actual discurso consumista. En este tipo de sociedades, ser rebelde, según se han esforzado en demostrar estos autores, no es ya una opción para la juventud, sino un deber. Lo quiera o no, y con independencia de si este adjetivo se adecua a sus comportamientos, la juventud actual *tiene* la obligación de responder, de una u otra manera, al papel que la sociedad le tiene asignado: ser el motor del cambio, de nuevas ideas, nuevas modas, nuevas tendencias. Esta parece ser, para su suerte o para su desgracia, por usar una antigua expresión de la sociología clásica, su *función social*.

¿En qué se ha transformado la rebeldía juvenil, por lo tanto, una vez que ha sido reformulada dentro del discurso consumista? Fundamentalmente, y ahí radica su importancia para comprender en profundidad el tema de la integración sociopolítica juvenil, en una pose “salvaje”, antisocial o, para ser más precisos, como propone Gil Villa (2008, 61 y ss.), en una actitud *anarca* frente a la sociedad. Al joven *anarca*, a diferencia de los anarquistas, no le gusta la sociedad, llegando a expulsarla de sí mismo. No trabaja a su favor; no está ni a favor ni en contra de la ley, y aunque la conoce, no la reconoce, despreciando todo tipo de prescripciones, obedeciendo la norma cuando no les queda más remedio o, simplemente, cuando le interesa; despreciando la implicación y evitando, dentro de sus posibilidades, todo tipo de compromiso “engorroso”.

## 5 El joven español como turista social

En los últimos años, el miedo casi tribal a la desintegración social ha sido transformado en hipótesis de trabajo por gran cantidad de académicos, e incluso por otros, en un hecho consolidado. Es así para el sociólogo francés Alain Touraine, que integra esta expresión en su “nuevo paradigma” (2005, pp. 75 y ss.) y que, en su última obra, titulada ya sin ningún complejo *El fin de la sociedad*, ve la actual crisis solamente como el capítulo final de un largo proceso de desarticulación de la sociedad, entendida como una entidad integrada compuesta por una economía nacional, unas relaciones sociales institucionales y una democracia parlamentaria, habiendo perdido el lugar central que había adquirido en los dos últimos siglos (2013, p. 571).

¿Qué hemos encontrado en nuestra exploración de su integración social? Un joven recluso de todo aquel que no esté dentro de su esfera íntima, constituida exclusivamente por su familia y sus amigos y que, además, desde hace ya tiempo, no confía en la gran mayoría

de las instituciones sociales (entre las que las políticas ocupan un lugar dudosamente privilegiado). Un joven que, consecuentemente, ni participa en ellas, ni en contra de ellas y que deserta de los grandes proyectos sociales demostrándolo, entre otras formas, con su abandono de las asociaciones y organizaciones orientadas a la defensa de las grandes causas y a la lucha por los grandes proyectos, a las que incluso comienza a retirar su aprobación (organizaciones ecologistas, pro-derechos humanos, cooperación al desarrollo, etc.). No se trata, por lo tanto, de un joven anti-político, lo que quizá fuera un buen punto de partida, ya que indicaría la existencia, al menos, de una buena materia prima para la acción, sino de un joven al margen de prácticamente cualquier tipo de inquietud ante lo que sucede más allá de su ámbito íntimo, un joven a-social y a-político, carente de la que, en opinión de Hannah Arendt, constituye la primera de todas las virtudes políticas, la *valentía* para arrojarse al mundo y para enfrentarse a él (Arendt, 2005, p.157).

Un joven, en definitiva, y siguiendo el pensamiento de Bauman, *turista social* (Bauman, 1995, pp. 357ss.). Al igual que el *vagabundo* (figura social acuñada por Simmel), el *turista social* se caracteriza por su actitud *de paso* frente al entorno que le rodea. Ambos poseen solamente su propia biografía para unir los lugares por los que se ha transitado, ambos son extraterritoriales. Sin embargo, el turista vive su extraterritorialidad como un privilegio, como independencia, como el derecho para vivir y elegir libremente. Cualquiera que sea su rutina diaria, para el turista es una colección de sensaciones exóticas:

*Ambos se mueven a través de los espacios en los que otros viven; esos otros son responsables, pero los resultados de su esfuerzo no afectan a los vagabundos y menos aún a los turistas... El turismo ya no es algo que se hace en vacaciones. La vida normal tiene, mejor, debe consistir en vacaciones permanentes.*

**Bauman**, (1995, pp. 360-361).

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALBERICH NISTAL, T. (2007). *Asociaciones y movimientos sociales en España: cuatro décadas de cambios*. Revista de Estudios de Juventud, 76, 71-89. Recuperado de <http://goo.gl/eO4Dem> [Consulta: 12/12/2014].
- ARENDT, H. (2005). *La promesa de la política*. Barcelona: Paidós, 2008.
- BAUMAN, Z. (1995). *Postmoderne Ethik*. Hamburgo: Hamburger.
- BENEDICTO, J., Y MORÁN, M. L. (2002). *La construcción de la ciudadanía activa entre los jóvenes*. Recuperado de <http://goo.gl/KCPzBR> [Consulta: 09/01/2015].
- BONO, F. (12 de junio de 2013). "El exceso de información es dañino para la salud social". El País. Recuperado de <http://goo.gl/p8XCpO> [Consulta: 2/03/2014].
- CCCB (19 de marzo de 2013). Zigmunt Bauman: "Hay que inventar nuevas formas de educar, más allá de las instituciones establecidas" [Blog]. Recuperado de <http://goo.gl/XhM9aa> [Consulta: 16/5/2014].
- CAMPS, V. (1999). *Paradojas del individualismo*. Barcelona: Crítica.
- EUROFOUND (2014). *Social situation of young people in Europe*. Recuperado de <http://goo.gl/ckMwCx> [Consulta: 17/01/2015].
- EUROPEAN COMMISSION (2007a). *European Social Reality*. Recuperado de <http://goo.gl/8vGHvv> [Consulta: 17/01/2015].
- EUROPEAN COMMISSION (2007b). *Young Europeans: A survey among young people aged between 15-30 in the European Union. Analytical Report*. Recuperado de <http://goo.gl/xYcSRL> [Consulta: 17/01/2015].
- FSM (1999). *Jóvenes españoles 1999*. Madrid: FSM.
- FSM (2006). *Jóvenes españoles 2005*. Madrid: FSM.
- FSM (2010). *Jóvenes españoles 2010*. Madrid: FSM.
- GIL VILLA, F. (2008). *Juventud a la deriva*. Ariel: Barcelona.
- GIRON, L. A. (3/11/2013). Umberto Eco: "El exceso de información es malo". Recuperado de <http://goo.gl/Z2sFnl> [Consulta: 12/4/14].
- GONZÁLEZ-ANLEO, J. (2006). *Cuatro Generaciones de españoles ante la Iglesia hoy*. Madrid: Fundación Pablo VI.
- GONZÁLEZ-ANLEO, J. M. (2010). *Los valores de los jóvenes y su integración socio-política*. En *Jóvenes Españoles 2010*. Madrid: Fundación SM.
- INJUVE (2013). *Informe Juventud en España 2012*. Recuperado de <http://goo.gl/R8P7j5> [Consulta: 15/01/2015].
- LÓPEZ ALBA, G. (30/12/2013). *La desigualdad y las instituciones como causas de la crisis*. El Confidencial. Recuperado de <http://goo.gl/56lXFs> [Consulta: 15/04/2014].
- MARTÍN SERRANO, M. (1991). *Los valores de la juventud en España*. Madrid: INJUVE.
- MARTÍN SERRANO, M. (1994). *Tres visiones del mundo, para cuatro generaciones de jóvenes*. En M. Martín Serrano (dir.), *Historia de los cambios de mentalidades de los jóvenes entre 1960-1990* Madrid: INJUVE.
- MERTON, R. (1957). *Social Theory and Social Structure*. Illinois: The Free Press.
- MORANT MARCO, R. (2011). *Sobre la indumentaria juvenil: Las camisetas con mensaje*. Revista de Estudios de Juventud, 93, 75-87. Recuperado de <http://goo.gl/d4FT4X> [Consulta: 15/12/2014].
- SÁNCHEZ, J. L. (2013). *Las 10 mareas del cambio: Claves para comprender los nuevos discursos sociales*. Barcelona. Roca Editorial.
- SILVESTRE, M. (2000). *Los valores básicos de la sociedad*. En F. A. Orizo y J. Elzo (dir.), *España 2000: Entre el localismo y la globalidad* (pp. 25-47). Madrid: Fundación SM.
- SLOTERDIJK, P. (2008). *En el mismo barco*. Madrid. Siruela.
- TORCAL, M. (2012). *Resultados de la 5ª edición Encuesta Social Europea (2010-11)*. Recuperado de <http://goo.gl/RTkpxw> [Con: 15/02/2014].
- TOURAINÉ, A. (2005). *Un nouveau paradigme. Pour comprendre le monde d'aujourd'hui*. Paris: Fayard.
- TOURAINÉ, A. (2013). *La fin des sociétés*. Paris: Seuil.
- VALLÉS, M. (2000). *Valores*. En A. de Miguel (dir.), *Dos generaciones de jóvenes 1960-1998*. Madrid. Injuve.